



Año 2, N° 37

La Página Semanal

Programa de Fortalecimiento de la Educación Cristiana

Domingo 13 de Junio de 2004



La Lectura

Lucas 7:36-8:3

Luego de todo el Tiempo Pascual, de la fiesta de Pentecostés y la de la Santísima Trinidad, comenzamos ahora el *Tiempo Propio de la Iglesia*, también llamado tiempo después de Pentecostés o después de Trinidad. Siguiendo la primera nomenclatura (según el Libro de Liturgia y Cántico), hoy celebramos el *Propio 6* y retomamos el Evangelio según San Lucas, luego de nueve domingos en que vinimos leyendo el Evangelio según San Juan. De esta forma comenzamos a caminar junto con Jesús en su ministerio, del cual nosotros estamos llamados a ser continuadores.

En el pasaje para este domingo nos encontramos con que Jesús comparte una comida en casa de un fariseo. Son más que conocidas las discusiones que Jesús mantenía con los fariseos, sin embargo, Jesús no duda en sentarse a la mesa con uno de ellos. Luego aparece una “mujer pecadora” (como suponiendo que los demás no lo fueran...) quien con distintos gestos muestra su amor por Jesús, y Él tampoco la rechaza a ella. Si nos vamos a los versículos finales (8:1ss) vemos cómo Jesús es acompañado, además de por los doce, por varias mujeres: algunas curadas de espíritus malos (“impuras”), otras que pertenecían a la clase rica y gobernante, a la cual Jesús criticaba duramente.

¿Qué nos estará mostrando este texto? ¿Qué será lo que Dios nos quiere enseñar mediante la mención de tan “diferentes” personas junto a Jesús? Pensemos en lo que podían sentir las mujeres ricas que ayudaban con sus bienes a Jesús, al ver que otras mujeres “impuras” pertenecían al mismo grupo que ellas. Pensemos también en lo que podían sentir las mujeres “impuras” al ver que Jesús no despreciaba tampoco a las mujeres ricas y aceptaba sus bienes... Jesús no rechazaba a nadie, porque en realidad todas las personas son igualmente pecadoras a los ojos de Dios y todos necesitamos del perdón y el amor de Dios para poder vivir plenamente. Jesús no rechaza a nadie porque nos ama a todos por igual; pero lo que sí rechaza Jesús es el pecado. Jesús perdona en nombre de Dios a quienes se arrepienten y desean un cambio en su vida. El amor y el perdón de Dios son infinitos y alcanzan para todos. Somos nosotros los que nos autoexcluimos del amor de Dios al rechazar su perdón y vivir de acuerdo a nuestra voluntad, sin fijarnos cuál es su voluntad para con nuestras vidas y con su Iglesia.

Vemos en el texto que las personas curadas por Jesús, lo siguen, viven con Él. En eso consiste la Iglesia. Es la comunidad de todas las personas que aceptan ser curadas por Jesús y que desean vivir con Él.

Así como Jesús no rechazó a nadie por su pasado, tampoco podemos hacerlo nosotros. La Iglesia no es nuestra, sino de Dios y en ella son bienvenidas todas las personas que acepten el perdón de Dios y deseen vivir de acuerdo a su voluntad. No juzguemos a las personas por su pasado porque no nos corresponde. Además, la conversión diaria de cada cristiano consiste en cada día dejar atrás nuestro pasado lejos de Dios y comenzar un nuevo camino junto a Jesús. No seamos una comunidad que juzga, sino una comunidad que perdona y ayuda a vivir la vida nueva que Jesús nos ofrece. No intentemos tampoco ver la paja en el ojo ajeno, sin ver el madero que está en el nuestro. Todos cometemos errores, lo importante es que nos arrepintamos y tengamos un cambio radical en nuestras vidas, dejando que el Espíritu de Dios more en nosotros y nos conduzca por los caminos de Dios. Seamos una comunidad con espacio para todos los que quieren vivir en torno a Jesús y quieren estar en comunión con Él.

La Actividad

Llenas y llenos de amor

Objetivo

Conocer más sobre las maneras de amar a Dios y a nuestros prójimos.

Materiales

Dos envases vacíos, un vaso de agua chico y un vaso de agua grande.

Acción

Realizar con los chicos la siguiente dinámica: Podemos entender la parábola de Jesús de esta manera. Veamos estos dos envases vacíos. Verteremos un pequeño vaso de agua en uno y un gran vaso en el otro. Ahora, si estuvieran sedientos por un vaso de agua, ¿de cuál envase beberían? Del con más agua, por supuesto; ustedes conseguirán más del que tenga la mayor cantidad de agua en él. Ningún envase puede dar más de lo que recibió.

Nosotros somos como los envases, y el agua es como el amor. Más amor recibimos, más podemos dar. Si sólo tenemos un poquito de amor vertido en nosotros, entonces sólo podemos dar un poquito. Recordemos que la Biblia nos dice que amamos a Dios porque Él nos amó primero. Él vertió amor en nosotros cuando nos dio a su Hijo, Jesucristo. Porque Él nos ama, podemos amarlo a Él y a otras personas.

Entonces, cuando queramos medir nuestro amor por Dios, o cuando queramos ayudar a alguien a amar más a Dios, no podemos empezar diciendo que deberíamos amar más a Dios. Nadie puede dar lo que no ha recibido. En cambio, empezamos pensando en cuánto amor Dios nos ha dado y cómo eso ha cambiado nuestras vidas. Al recibir amor, podemos luego dar.

Dios nos da amor siempre, aunque estemos pecando constantemente; porque en su amor nos perdona si nos arrepentimos. Y ese arrepentimiento viene siempre cuando nos acordamos y nos damos cuenta de cuánto nos ama. Luego, ese amor nos ayuda a evadir los males del pecado. Dios también nos ama de muchas otras maneras. Él nos guía en la vida, nos da gozo y felicidad; se queda con nosotros en la tristeza y en los problemas. Veamos todas las maneras en que Dios nos quiere amar, entonces seremos llenados con su amor y estaremos más aptos para amarlo a Él y a nuestros prójimos.



Tenemos presente que...

Libros históricos

A continuación del Pentateuco se encuentran los libros históricos. En el canon de la Biblia hebrea, al conjunto de los siguientes seis libros se le llama *Profetas anteriores* y son: *Josué, Jueces, 1 Samuel, 2 Samuel, 1 Reyes y 2 Reyes*. Este título tiene relación con una antigua tradición, en la cual se tomaba a estos libros no como una simple “historia” sino como el relato profético de la historia entre el pueblo y Dios. De esta manera, se entiende este período “histórico”, en donde vemos al pueblo de Israel ya establecido en la tierra de Canaán y tratando de gobernar su nación de la mejor manera posible. Vale destacar que durante todo este período nos relata los hechos desde el terminar de la caminata por el desierto (el Éxodo) hasta la división de los dos Reinos en el Reino del Norte (Israel) y el Reino del Sur (Judá), habiendo pasado por el período de estabilización luego de Moisés con Josué, después con los Jueces, los grandes reyes como Saúl, David y Salomón, y todos los otros que vendrán luego, hasta la destrucción total de ambos reinos, primero por el Imperio Asirio (Reino del Norte, en el 722 a.C.) y segundo, por el Imperio Babilónico (Reino del Sur, en el 587 a.C.), dando comienzo a la segunda gran diáspora o exilio del pueblo, luego del exilio efectuado por los asirios.

El pueblo de Israel descubrió en estos libros las estrechas relaciones que existen entre la historia contada y el mensaje profético que en ella se proclama. Personajes como Josué, Samuel, Débora, Gedeón, Saúl, David y Salomón, principales protagonistas de los hechos de estos libros, forman parte del plan de salvación dispuesto por Dios a favor de toda la humanidad. A todos ellos, mujeres y hombres pertenecientes a diversas etapas de la vida de Israel, se les considera tanto desde su realidad histórica como por haber sido escogidos instrumentos para cumplir los designios divinos de salvación. Es en estas dos perspectivas que se les considera como profetas, dando reconocimiento de carácter profético a estos textos.

La historia nos muestra cómo el pueblo se fue organizando para protegerse de los pueblos vecinos que constantemente querían quitarles la tierra que Dios les había dado luego de la salida de Egipto. Fue así que pasaron por distintas formas de gobierno y por distintos estados de unión y separación entre las tribus y los reinos que los reunían como pueblo elegido por Dios. Fue así que llegaron a pedirle a Dios un rey, “así como tienen las otras naciones”.

Querían un rey, para que los protegiera y los unificara como una sola nación. Si bien esta idea nunca agradó mucho a Dios, Él acepta el pedido del pueblo y hace que Samuel, el último y más importante de los Jueces, unja a Saúl como rey de toda la nación. Luego de Saúl, sería el gran rey David quien se haría cargo de gobernar y proteger al pueblo. Durante este período, el pueblo de Dios goza de grandes territorios conquistados por David y su ejército, lo que no durará mucho. A su muerte, asume uno de sus hijos, Salomón, quien no era guerrero, sino un excelente político y comerciante. Algunas de sus políticas fueron muy malas para la gente del Norte de la nación, lo cual llevó a una separación que no pudo ser jamás revertida: la nación se separaría en dos reinos, uno del Norte o Israel y otro del Sur o Judá, cada uno con un rey distinto. Los del Norte no aceptaban el linaje o la descendencia de David, por lo cual eligieron a otros reyes entre el pueblo; mientras que los del Sur, sostenían fuertemente la tradición comenzada por David y continuaron con la sucesión de reyes con los hijos de Salomón y así...

Pero como ya dijimos, ambos reinos llegarán a su fin, en gran medida por la falta de fe de la gente y por la fuerte presión militar por parte de los Imperios de la época. Ambos reinos erraron mucho a la hora de realizar buenas empresas políticas y comerciales con los pueblos vecinos, y además, cometieron faltas hacia Dios que llegaban hasta la idolatría y la pérdida de confianza en el único Dios todopoderoso y Creador de todo cuanto existe. Fue así que el pueblo sufre el segundo exilio y toda su gente se ve muy influenciada por otras religiones paganas, en especial, las que profesaban los Imperios vencedores como lo eran el Asirio y el Babilónico. Durante todo este período de luchas e infidelidades hacia Dios, Éste estuvo constantemente con su pueblo, mandando profetas y mensajeros para que dieran a conocer su voluntad, pero el pueblo no siempre escuchó...

Fue en este momento, que el pueblo comenzó a cuidar más su fe y a poner por escrito el legado de casi más de mil años de historia desde los grandes patriarcas hasta aquella época. Así se redactan en este período (siglo VI a.C.) muchos de los escritos que hoy tenemos en nuestra Biblia y conocemos como Antiguo Testamento. Algunos de ellos son gran parte del Pentateuco, los libros históricos y muchos de los profetas.



